

De sangre y de sol

SERGIO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

En la Ciudad de México que conoció D. H. Lawrence en marzo de 1923, flotaba el aire de otra revolución por el reto de los católicos que agitaban al pueblo y desafiaban al gobierno triunfante. Lawrence venía de Taos, Nuevo México, con su mujer Frieda: viajaba por el mundo desde 1919 y tenía treinta y ocho años. En aquellas fechas, escribía a sus amigos que los últimos cuatro años había padecido un peregrinaje fiero, y confiaba en que los muertos los cuidarían y ayudarían. Este diálogo era un ramo de adviento.

En la capital mexicana, Lawrence despreció los hoteles para estadounidenses, y eligió el pequeño hostel italiano en la calle de Uruguay, el Monte Carlo. Había allí una alcoba sencilla, más aún, pobre, adecuada a la austeridad y al cuerpo delgado del viajero, que llamaba la atención de los mexicanos por su crespo cabello rojizo. Desde la azotea, se podían ver los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl.

El escritor escocés estaba fascinado: proliferaba en México una tensión sacrificial y aguerrida, como decían las pintas provocadoras en las paredes: «¡Viva Cristo Rey!». Una tarde llegó a visitarle el presidente del PEN Club local, Genaro Estrada, quien le comentó que su barba era «cristiana». Lo que quiso ser una cortesía mestiza cayó como una mala broma en los oídos de Lawrence, quien odiaba la figura de Cristo, al que prefería oponer el culto solar de Quetzalcóatl —es curioso que un defensor del hitlerismo esotérico, Miguel Serrano, haya apuntado al pie de una reproducción del *ex libris* grabado en madera que dibujó el propio Adolf Hitler en 1929, lo siguiente: «ya se presiente ahí el Águila Azteca de Quetzalcóatl».

Aquella sola palabra en náhuatl era más que un talismán: resonaba como el título definitivo de la novela en cuyo borrador trabajó tres meses de 1923 y a lo largo del invierno oaxaqueño de 1924 y 1925 para corregirlo —hizo tres viajes a México en total. El editor se obstinó, al publicarla en 1926, en que se tradujera al inglés el significado de esa palabra que, para Lawrence, encerraba el estigma de una tierra de monolitos crueles, piedras en espiral como excrementos antediluvianos, que emitían la misma magia de los cactus gigantes y los magueyes eternos. Estrada pudo convencer al escocés de acudir a una cena en su honor, en la que conversó con el poeta mexicano Luis Quintanilla de veintitrés años, que había conocido —alardeaba— al poeta Apollinaire en París —luego,

en recuerdo suyo, Lawrence escribiría el texto jocoso «See Mexico after, By Luis Q.».

El clima del altiplano debió empeorar la tuberculosis de Lawrence. Se mostraba irritable, su temperamento cambiaba en un instante y los accesos de tos eran imprevistos y devastadores. Vivía colérico y terco: se negó a aceptar la invitación a hospedarse en casa de Zelia Nuttall —la Mrs. Morris de *La serpiente emplumada*—, la arqueóloga estadounidense que vivía entonces en Coyoacán. Años después, León Trotsky se refugiaría en una casa del vecindario, donde Jacques Mornard (Ramón Mercader) le habría de asesinar en 1940.

Para escribir *La serpiente emplumada*, Lawrence leería *Fundamental Principles of Old and New World* de Zelia Nuttall, así como pudo inspirarse en otras obras: *Conquest of Mexico* de William Prescott, las crónicas de Bernal Díaz del Castillo (*Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*), o *The Gods of Mexico* de Lewis Spence.

Lawrence discutía con Frieda una y otra vez. Su trato era mordaz y desafiante. El escritor lo justificaba como el resultado de las oposiciones complementarias de los dos. Se agredían y luego se tomaban de la mano, amorosos. La tarde que acudió a una corrida de toros en compañía de Frieda, Witter Bynner y William Johnson se convirtió en un episodio en el límite de su tolerancia: no sólo aborreció la violencia gratuita del espectáculo, sino la conducta del público, un *pandemonium* de indios y mestizos que desfogaban agresividad entre ellos y odio a los extranjeros. Luego apuntaría en el explosivo capítulo inicial de *La serpiente emplumada*, uno de cuyos temas es la resurrección del culto a Quetzalcóatl: «hay varias clases de complejos de inferioridad, pero el mexicano de la ciudad atesora uno que le hace más agresivo cuando se siente provocado». Se refería al miedo y la violencia soterrados.

Lawrence se sentía mejor en los pueblos, Xochimilco, Puebla, Orizaba. O en Teotihuacán: ahí cuajó la novela, ante las monumentales serpientes emplumadas de la época precortesiana, su atracción ante Quetzalcóatl (el preservador de la semilla del Quinto Sol —la era actual—, héroe histórico y deidad civilizadora, amo del calendario, la escritura, la astrología). México le cautivaba y le repugnaba al mismo tiempo. Y sus solemnidades institucionales le ponían fuera de quicio. Una cita pospuesta con el secretario de Educación José Vasconcelos, impulsor de una cruzada cultural en favor del libro y la lectura y el patrocinio a los pintores muralistas, le enfureció y le condujo después a cancelar el encuentro. Décadas, más tarde, Vasconcelos —ya proscrito de la política mexicana, entre otras causas, por su fervor nazi— escribiría que D. H.

Lawrence se comportó entonces como un «idiota de segunda categoría».

Para Lawrence, la tierra mexicana de pronto lucía superior a sus pobladores, sus modales eran al parecer superficiales, ocultaban un trasfondo salvaje, tímido y despectivo. En cambio, apuntó en *Mañanitas mexicanas*: «El sol brilla, brilla como de costumbre, como brilla durante todo el invierno. Es una delicia sentarse al aire libre y escribir». El correlato de esta admiración telúrica implicaba su intuición de una violencia subterránea que, en cualquier instante, solía despertar el rito del sol y de la sangre en esos hombres volcánicos que, a su mirada, creían que no hay placer sensual que igualase la voluptuosidad de clavar el cuchillo y ver brotar la sangre de la herida. Un festejo atávico que le estremecía.

Su hechizo por la sangre le ganó muchas animadversiones entre sus contemporáneos, como Bertrand Russell, que escribiría que: «Lawrence desarrolló toda la filosofía del fascis-

mo antes que los políticos pensarán en ella», y luego añadió un juicio desmesurado: «la filosofía lawrenciana de la sangre conduciría a Auschwitz». Para creer aquello al pie de la letra, tendría que soslayarse la responsabilidad de muchas buenas conciencias, cómplices humanistas del ascenso del nacional-socialismo en Europa.

La de David Herbert Lawrence era una aventura espiritual que compartía con otros escritores europeos de su generación. En esta nostalgia de lo absoluto, abrevó en los libros de Helena Petrovna Blavatsky, Annie Besant, James Pryse, Sri Aurobindo, y en algunas ideas del misticismo hindú. Por esa proclividad, Lawrence escribió en alguna página que México tenía cierto enigma de belleza, como si los dioses estuvieran todavía aquí. Era una visión que volteaba a la realidad para refrendar un mundo imaginario, una vocación en torno al secreto primigenio.

Sergio González Rodríguez, *De sangre y de sol*,
Sexto Piso, México, 2006